



Hay fiestas que la Iglesia celebra porque conmemoran un acontecimiento determinado de la vida de un santo. Y hay otras que parecen abrir una ventana directamente hacia el cielo. La solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María pertenece, sin duda, a esta segunda categoría.

Cada 15 de agosto, desde hace muchos siglos, la Iglesia contempla a María no simplemente como una mujer santa que terminó su vida terrena, sino como aquella que, por singular privilegio de Dios, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria celestial. La liturgia tradicional expresa esta realidad con una riqueza extraordinaria: habla de la muerte de María, de su *Dormición* o *Tránsito*, de su glorificación, de su entrada triunfal en el cielo y de su coronación como Reina.

No estamos, por tanto, ante una devoción mariana secundaria. Estamos ante una celebración profundamente cristológica, porque todo cuanto la Iglesia proclama acerca de María conduce finalmente a Cristo.

La Asunción nos recuerda algo que nuestra época necesita escuchar con urgencia: **el cuerpo humano no es un objeto destinado al consumo, al placer o a la destrucción; está llamado a la gloria de la resurrección.**

Y María es ya, anticipadamente, el signo luminoso de aquello que Dios quiere realizar en todos los que permanecen unidos a Cristo.

1. Antes de la Asunción estuvo el *Tránsito*

Para comprender la riqueza de la fiesta hay que detenerse primero en una palabra antigua: *Tránsito*.

La tradición cristiana oriental habla habitualmente de la *Dormición* de la Madre de Dios (*Koímēsis*), mientras que en Occidente encontramos expresiones como *Transitus Mariae*, *Dormitio*, *Pausatio*, *Depositio* y, posteriormente, *Assumptio*. Los antiguos textos y celebraciones no pretendían simplemente satisfacer una curiosidad histórica sobre los últimos momentos de María. Su intención era contemplar un misterio: **la Madre del Salvador termina su peregrinación terrena y entra en la gloria junto a su Hijo.**

Conviene, sin embargo, distinguir cuidadosamente entre tradición litúrgica y fuentes históricas.

Existen antiguos relatos del llamado *Transitus Mariae*, algunos de carácter apócrifo, que



narran la muerte, sepultura y glorificación de la Virgen. Estos textos no constituyen por sí mismos una fuente de la Revelación divina ni tienen la autoridad de los Evangelios. La Iglesia no fundamentó el dogma de la Asunción simplemente en uno de esos relatos.

Pero sí muestran que, desde los primeros siglos, existió una profunda convicción cristiana acerca del destino glorioso de María. La tradición litúrgica oriental celebraba ya la Dormición en los siglos V y VI, y la fiesta se difundió posteriormente por el mundo cristiano. En Occidente existen testimonios antiguos de su celebración y, en Roma, adquirió especial solemnidad durante el pontificado de san Sergio I (687-701).

Esto es extraordinariamente importante.

La Iglesia no comenzó a creer en la Asunción en 1950.

En 1950 la Iglesia definió solemnemente como dogma una verdad que había sido profesada, celebrada, meditada y transmitida durante muchos siglos.

2. Más de quince siglos de memoria litúrgica

La historia exacta de la fiesta es compleja y los historiadores discuten algunos detalles sobre sus primeros desarrollos. Pero existe un hecho fundamental: la celebración de la Dormición o Asunción de María pertenece a la antiquísima tradición litúrgica de la Iglesia.

En Oriente encontramos testimonios de una celebración mariana relacionada con la partida de María ya en el siglo V. Posteriormente la fiesta se consolidó en Jerusalén y se extendió a otras regiones cristianas. En Occidente aparece vinculada a antiguos sacramentarios y adquiere especial solemnidad en Roma.

El papa san Sergio I incorporó procesiones solemnes relacionadas con las principales fiestas marianas, entre ellas la Dormición. Posteriormente, san León IV hizo todavía más solemne la celebración de la Asunción, estableciendo una vigilia y otras manifestaciones litúrgicas alrededor de la fiesta.

La liturgia estaba diciendo algo mediante sus propios gestos:

María no pertenece simplemente al pasado. María vive en la gloria de Dios.

La procesión, las letanías, el canto, el incienso, la solemnidad de la Misa y la estructura del Oficio no eran adornos exteriores. Eran una auténtica catequesis.



La liturgia tradicional posee precisamente esta característica: **enseña la fe no solamente mediante conceptos, sino mediante símbolos, palabras, silencios, gestos y tiempos sagrados.**

3. Del *Transitus* a la *Assumptio*

Existe una evolución terminológica muy significativa.

Transitus significa «tránsito», paso de una condición a otra.

Dormitio significa «dormición», una manera profundamente cristiana de hablar de la muerte cuando se contempla desde la esperanza de la resurrección.

Assumptio, en cambio, pone el acento en la acción de Dios: María es asumida, elevada por el poder divino.

Esto nos ayuda a comprender la estructura interna del misterio.

La Iglesia no enseña simplemente que María murió.

Tampoco enseña simplemente que su alma fue al cielo.

El dogma afirma algo mucho más preciso: **María fue asumida en cuerpo y alma a la gloria celestial.**

Y aquí encontramos una diferencia esencial respecto de todos los demás santos.

Los santos que veneramos esperan todavía la resurrección de sus cuerpos en el último día. María, por un privilegio singularísimo relacionado con su misión y su unión con Cristo, participa ya corporalmente de la gloria de su Hijo.

Pío XII lo expresó solemnemente en la constitución apostólica *Munificentissimus Deus*, promulgada el 1 de noviembre de 1950: la Inmaculada Madre de Dios, después de completar el curso de su vida terrena, fue asumida en cuerpo y alma a la gloria celestial.

Es importante observar una precisión teológica: **la Iglesia definió que María «habiendo completado el curso de su vida terrena» fue asumida al cielo, pero no definió dogmáticamente si murió o no murió.**

La tradición litúrgica de la Dormición se inclina fuertemente hacia la realidad de su muerte,



pero el dogma de 1950 dejó deliberadamente abierta esa cuestión.

4. La liturgia tradicional convierte la teología en oración

Una de las grandes riquezas del antiguo rito romano consiste en que la doctrina no aparece aislada de la oración.

El fiel no necesita asistir a una clase de teología para comprender que está celebrando algo extraordinario. La propia Misa lo introduce en el misterio.

El Introito tradicional de la Misa de la Asunción comienza con las palabras:

«**Signum magnum apparuit in caelo: mulier amicta sole...**»

«Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida de sol...»

La referencia procede del capítulo 12 del Apocalipsis:

«Y apareció en el cielo una gran señal: una Mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza.»

(Ap 12,1)

La tradición católica ha visto en esta Mujer una referencia de extraordinaria riqueza simbólica, relacionada con la Iglesia y, de modo eminente, con María.

La liturgia contempla a la Virgen como **Mujer glorificada, Reina y signo de esperanza para el pueblo de Dios.**

Y esto tiene una enorme importancia pastoral.

El cristiano moderno vive rodeado de imágenes de éxito, belleza, juventud y poder que desaparecen rápidamente. María aparece en cambio como una belleza que no se corrompe, una vida que no termina en la tumba y una existencia que encuentra su plenitud en Dios.



5. María: humilde en la tierra, gloriosa en el cielo

La paradoja de la Asunción es profundamente evangélica.

María fue una joven humilde de Nazaret.

No perteneció a las élites políticas.

No escribió tratados filosóficos.

No ocupó cargos públicos.

No buscó reconocimiento.

Su grandeza consistió en decir:

«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»
(Lc 1,38)

Y precisamente esa humildad se convierte en gloria.

El Magnificat expresa perfectamente esta lógica divina:

«Porque ha mirado la humildad de su esclava; desde ahora me
felicitarán todas las generaciones.»
(Lc 1,48)

La Asunción es, en cierto sentido, la culminación visible de estas palabras.

Dios exalta a la que se humilló.

Dios glorifica a la que obedeció.

Dios eleva a la que se entregó.



La liturgia tradicional conserva esta lógica con una claridad impresionante: **la verdadera grandeza no consiste en elevarse a uno mismo, sino en dejarse elevar por Dios.**

6. La Asunción es inseparable de Cristo

Existe una tentación muy frecuente al hablar de María: convertir la mariología en algo independiente de Cristo.

La auténtica tradición católica hace exactamente lo contrario.

María es glorificada porque es la Madre de Cristo.

Es Inmaculada por los méritos anticipados de Cristo.

Es Madre de Dios porque su Hijo es verdadero Dios y verdadero hombre.

Es asunta porque su destino está unido de manera singular a la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte.

Por eso la Asunción no compite con la Ascensión de Jesucristo.

Cristo **asciende por su propio poder divino.**

María **es elevada por el poder de Dios.**

Cristo es el Redentor.

María es la primera redimida de modo eminente y singular.

Cristo es el origen de la gracia.

María es criatura plenamente transformada por esa gracia.

Todo conduce nuevamente al Salvador.

Pío XII relacionó expresamente la Asunción con la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, presentándola como culminación de los privilegios concedidos a la Madre del Redentor.



7. La tradición litúrgica anuncia la resurrección del cuerpo

Quizá este sea uno de los aspectos más actuales de la fiesta.

Vivimos en una cultura que, paradójicamente, idolatra y desprecia el cuerpo al mismo tiempo.

Se exalta la apariencia física, pero se considera el cuerpo como una propiedad absolutamente disponible.

Se habla constantemente de bienestar corporal, pero se olvida su destino eterno.

La Asunción rompe esta visión.

El cuerpo de María está glorificado.

Esto significa que la materia no es mala.

El cuerpo no es una cárcel del alma.

La sexualidad no es un simple mecanismo biológico.

La vida humana no es un accidente sin destino.

El cuerpo forma parte de la persona y está llamado, por la gracia de Dios, a participar de la gloria futura.

San Pablo proclama:

«Si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo haya muerto por el pecado, el espíritu vive por la justicia.»
(Rm 8,10)

Y más adelante afirma la esperanza definitiva de la resurrección.

La Asunción de María es precisamente un anticipo privilegiado de esa realidad.



Pío XII señaló expresamente que la fe en la Asunción debe fortalecer nuestra esperanza en nuestra propia resurrección.

8. Una fiesta contra el materialismo y contra el espiritualismo

La Asunción evita dos errores opuestos.

El primero es el materialismo: pensar que solamente existe aquello que podemos tocar, medir y poseer.

El segundo es un espiritualismo desencarnado: imaginar que la salvación consiste simplemente en abandonar el cuerpo para convertirse en un espíritu.

El cristianismo enseña algo mucho más grande:

Dios quiere salvar al hombre entero.

Por eso esperamos la resurrección de la carne.

María ya participa corporalmente de esa gloria.

Su Asunción proclama que el destino final del cristiano no es desaparecer, sino ser transformado.

La liturgia, por tanto, no invita a despreciar la tierra. Invita a utilizar correctamente las realidades terrenas mientras caminamos hacia nuestra patria definitiva.

9. María como Reina

La tradición litúrgica y teológica contempla también a María como Reina.

No porque sea una divinidad.

No porque posea una autoridad independiente de Dios.

Sino porque es Madre del Rey y está íntimamente asociada a la obra de Cristo.

La imagen de la Reina aparece también vinculada a las Escrituras y a la tradición de la Iglesia. La liturgia contempla a María entrando en la gloria celestial y participando, de manera subordinada y dependiente, de la realeza de su Hijo.



Por eso la Asunción conduce naturalmente a la fiesta de María Reina.

La antigua sensibilidad católica comprendía muy bien algo que hoy se ha perdido en muchas ocasiones: **el cielo no es una idea abstracta; es un reino, una patria, una realidad de gloria en torno a Dios.**

Y María ya está allí.

10. La definición dogmática de 1950 no inventó la tradición

Uno de los errores más frecuentes consiste en presentar la Asunción como una doctrina creada por Pío XII.

No es correcto.

La definición dogmática de 1950 fue la culminación de un larguísimo proceso de reflexión, culto, predicación y enseñanza.

Pío XII mismo fundamentó la definición en múltiples elementos: la Sagrada Escritura, la Tradición, el consenso de los obispos y de los fieles, la enseñanza de los Padres y Doctores y, de manera muy significativa, la antiquísima práctica litúrgica tanto oriental como occidental.

La liturgia no creó el dogma.

Pero manifestó durante siglos la fe de la Iglesia.

Esta es una de las razones por las que la liturgia tradicional resulta tan valiosa para la formación católica: permite comprobar cómo una verdad de fe ha sido rezada antes de ser explicada sistemáticamente con todo su desarrollo teológico.

Lex orandi, lex credendi: la ley de la oración está íntimamente vinculada a la ley de la fe.

11. El mensaje espiritual de la Asunción para nuestro tiempo

¿Qué puede decirnos María asunta al cielo en pleno siglo XXI?

Muchísimo.

En primer lugar: **no hemos sido creados para esta vida solamente.**



El mundo moderno puede hacernos vivir como si el horizonte terminara en la jubilación, el consumo, el entretenimiento o la muerte.

María nos recuerda que nuestra existencia tiene una dimensión eterna.

En segundo lugar: **la pureza importa.**

María nos enseña que el cuerpo puede ser templo de Dios y que la virginidad, la castidad y la modestia no son reliquias de otra época.

En tercer lugar: **la humildad conduce a la verdadera grandeza.**

La cultura contemporánea enseña constantemente a promocionarse, exhibirse y competir.

El Evangelio enseña a servir.

En cuarto lugar: **el sufrimiento no tiene la última palabra.**

María estuvo al pie de la Cruz.

La Madre de los Dolores se convierte en la Madre glorificada.

El camino de la Cruz conduce a la gloria cuando se vive unido a Cristo.

12. Cómo vivir espiritualmente la fiesta

La solemnidad de la Asunción no debería reducirse a una procesión, una imagen hermosa o un día festivo.

Puede convertirse en una auténtica escuela espiritual.

Podemos comenzar asistiendo a la Santa Misa con verdadero recogimiento, procurando leer previamente los textos litúrgicos.

Podemos rezar el Santo Rosario, especialmente los misterios gloriosos.

Podemos meditar el Magnificat.

Podemos leer Apocalipsis 12 y 1 Corintios 15.



Podemos contemplar el destino eterno del propio cuerpo y preguntarnos si estamos viviendo según la dignidad de quien está llamado a la resurrección.

Y podemos hacer una pregunta sencilla, pero decisiva:

¿Estoy caminando hacia el cielo o estoy viviendo como si esta tierra fuera mi destino definitivo?

La Asunción nos obliga a levantar la mirada.

13. La liturgia tradicional como escuela de eternidad

Quizá aquí se encuentre uno de los grandes tesoros de la antigua liturgia.

En una sociedad acelerada, la liturgia tradicional desacelera el alma.

En una cultura saturada de palabras, recupera el silencio.

En un mundo que constantemente cambia de opinión, conserva una continuidad de siglos.

Y cuando llega el 15 de agosto, toda esa tradición parece concentrarse en una sola imagen:

María entra en la gloria.

La Iglesia no la contempla como una figura del pasado, sino como una realidad presente en Dios.

El Introito habla de la Mujer vestida del sol.

El canto proclama su exaltación.

La oración pide participar algún día de su gloria.

La liturgia convierte así el dogma en esperanza.

No solamente dice:

«Esto ocurrió con María».

Dice también:



«Mira hacia dónde conduce la gracia de Dios cuando encuentra una criatura plenamente entregada a Él.»

Conclusión: María ya ha llegado donde nosotros esperamos llegar

La Asunción es una de las fiestas más luminosas de todo el calendario católico.

Comienza con una mujer humilde de Nazaret y termina con una Reina en la gloria.

Comienza con el *Fiat* y culmina con la coronación.

Comienza en la tierra y termina en el cielo.

Comienza con una criatura que dice «hágase» y termina con esa misma criatura contemplada en la plenitud de la gloria.

Durante más de quince siglos, la Iglesia ha acompañado este misterio con cantos, procesiones, vigiliass, Misas, Oficios, himnos y oraciones. La liturgia oriental habló de la *Dormición*; la tradición occidental desarrolló con creciente claridad la celebración de la *Asunción*. Y en 1950 Pío XII confirmó solemnemente como dogma de fe aquello que la Iglesia había venerado y enseñado durante siglos: María, al terminar su vida terrena, fue asumida en cuerpo y alma a la gloria celestial.

Pero la fiesta no termina en María.

La Asunción es también una promesa.

María es la criatura que ya ha llegado.

Nosotros todavía estamos en camino.

Ella contempla a Dios cara a cara.

Nosotros caminamos todavía entre las sombras de la fe.

Ella posee la gloria.

Nosotros la esperamos.



Por eso, cada 15 de agosto, la Iglesia nos invita a mirar al cielo y recordar cuál es nuestro verdadero destino.

No fuimos creados para la tumba.

No fuimos creados para el pecado.

No fuimos creados para el vacío.

Fuimos creados para Dios.

Y María Santísima, asunta en cuerpo y alma, permanece ante nosotros como el signo más hermoso de esa esperanza.

Que al contemplarla podamos repetir con mayor profundidad las palabras de su propio cántico:

«*Proclama mi alma la grandeza del Señor, y se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador.*»
(Lc 1,46-47)

Porque la gloria de María no disminuye la gloria de Cristo.

Al contrario.

Cuanto más alto contemplamos a la Madre, más comprendemos la grandeza del Hijo que la redimió, la santificó y finalmente la llevó consigo a la gloria.

Y ésa es, en definitiva, la gran lección de la Asunción: **quien pertenece verdaderamente a Cristo no camina hacia la nada, sino hacia la resurrección, la vida eterna y la gloria de Dios.**